

bia fortificado con tal acierto los desfiladeros de los Alpes, que los magnates francos empezaban ya á murmurar á causa de la tardanza que experimentaban en su empresa, más dispuestos, como lo ha sido siempre esta nacion, á perecer en ataques instantáneos que á vencer á fuerza de perseverancia. Ni aun estaba muy distante de renunciar á su proyecto el mismo Cárlos, cuando un desertor, ó un diácono segun aseguran otros, llamado Martín, le indicó un paso no custodiado, á través de inaccesibles rocas. Habiendo trepado á la montaña un puñado de francos á las órdenes del duque Bernardo, hijo natural de Cárlos Martel, cogió por la espalda á los longobardos, quienes poseídos de un terror pánico ó impelidos por la traicion, abandonaron sus inespugnables posiciones y huyeron sin atreverse á mirar una sola vez de frente al enemigo. Adelchis se encerró en Verona, Didiero en Pavía con la familia de Carloman y con Hunoldo, el fugitivo duque de los aquitanios.

Contento Cárlos de aquel sucesos inesperado, plantó su lanza en el territorio de Italia (774); y antes de que el enemigo hubiera vuelto de su consternacion, asedió á la vez las dos ciudades. Inteligencias entabladas en lo interior de la plaza, le hicieron dueño de Verona por capitulacion, y luego se apoderó igualmente de Pavía. Adelchis consiguió fugarse á Constantinopla. Caido Didiero en manos de su formidable enemigo, fué conducido á Francia con Ansa, su esposa, y encerrado en el monasterio de Corbia, donde acabó sus dias. Hunoldo fué apedreado por el pueblo enfurecido. Ignórase cual fué la suerte de la familia de Carloman, de la cual no se hace mencion ninguna.

Mientras aún oponia resistencia Pavía, se habia dirigido Cárlos á Roma, donde recibió los honores otorgados anteriormente al representante del emperador. Nobles y magistrados le salieron al encuentro con la bandera hasta treinta millas de distancia; se veia desplegarse á lo largo de la vía Flaminia las escuelas ó comunidades nacionales de los griegos, de los longobardos, de los sajones y otras de cualquiera nacion que fuesen; porque cada una tenia su barrio y se regia con arreglo á sus instituciones, en medio de aquella Roma habituada en otro tiempo á absorberlas á todas: numerosas

tropas de niños cantaban himnos de triunfos, llevando en sus manos palmas y ramos de oliva.

Cuando Cárlos descubrió la cruz, se apeó del caballo y se encaminó á pié hácia el Vaticano; subió allí besando cada uno de los escalones del peristilo, en lo alto del cual aguardaba el papa Adriano, quien le estrechó en sus brazos. Acto continuo, se dirigieron al altar uno junto á otro llevando el rey la derecha. Como solicitara entrar en Roma, el papa concibió al principio algun recelo de aquel huésped armado, si bien, tranquilizado en breve con sus promesas, le introdujo en el recinto de la ciudad, prodigándole los honores más solemnes. Cárlos asistió allí á las tiernas ceremonias de Semana Santa, luego confirmó y aumentó la donacion de Pepino. El acta suscrita por Cárlos y por los obispos, abades, duques y condes de su comitiva, y fué colocada sobre el sepulcro de San Pedro y debajo del Evangelio, que era costumbre besar.

De esta suerte concluia el reinado de los longobardos despues de haber durado más de tres siglos, en cuyo trascurso no llegaron á hacerse amar nunca, ni produjeron un solo hombre insigne, como los que se vieron nacer entre los demas bárbaros. Sin embargo, sobrevivió su nombre, puesto que Cárlos se tituló rey de los longobardos. Aunque la primera vez que bajó á este país no se eximió de los males que comunmente trae en pos de sí la guerra, refrenó prontamente los excesos de sus guerreros. Como no iba con una nacion nueva, no tuvo necesidad de despojar á los antiguos propietarios; se limitó á poner en Pavía una guarnicion franca, confiando los feudos vacantes á muchos nobles de sus vasallos, y confirmando en la posesion de los demas y en sus dignidades á los señores á quienes encontró con esta investidura, sin más obligacion que la de jurarle fidelidad.

No tardó en pesar á los magnates longobardos aquella mano robusta que los tenia á raya. Arigiso, duque de Benevento, yerno de Didiero, y á pesar de esto, acorde con el papa en contra suya, organizó una trama para sacudir el yugo con Hildebrando, duque de Espoleto; Rotgald, duque de Friul; Reginaldo, duque de Chiusi, y Adelchis, que refugiado á Constanti-

nopla, pensaba como todo rey caido, en volver á encumbrarse al trono. El papa Adriano, que tenia siempre abiertos los ojos sobre los intereses de su amigo y de su protector, advirtió de ello á Cárlos, quien antes de que los conjurados hubieran podido reunir sus fuerzas, invadió el Friul, derrotó al duque, que fué muerto, y colocó en su lugar al franco Marcuardo (776), y luego á Enrique, cuyos descendientes conservaron este ducado hasta el año 924. Otros rebeldes fueron más ó ménos sometidos, y á fin de prevenir las rebeliones, fué modificada la administracion del país así como la jurisdiccion de los señores. Una y otra tuvieron por base el feudo al estilo de los francos. Fueron abolidos los duques, y sus posesiones divididas en distritos presididos por condes y subdivididas como anteriormente, bajo la direccion de los gastaldos y de los escultetos. Extendiase á todo el canton el poder del conde, ménos sobre las personas que dependian del rey inmediatamente; conducia á los habitantes á la guerra y los convocaba á las asambleas. Si parecian injustas las decisiones de los condes, se presentaba la querrela ante el conde palatino, residente probablemente en Pavía, quien fallaba como representante del rey. Además, se enviaban de vez en cuando *missi dominici* para reparar los agravios é informar del estado del país.

Como acontece en toda conquista lo mejor que habia fué patrimonio de los señores francos, de tal manera que del reino longobardo no quedó más que la legislacion y el nombre, y aun la legislacion fué modificada por los capitulares de Carlo-Magno. Quedó independiente el ducado de Benevento, refugio de los longobardos, que no pudieron resignarse á la dominacion franca. Hizose unguir el duque obispo suyo, y tomando cetro y corona con el título de principe de la Nueva Longobardia, que sobrevivía á la antigua, procuró apoderarse alternativamente de alguna de las plazas pontificales de sus cercanías.

Al fin se cansó Cárlos de las empresas de este duque, y cruzando por cuarta vez los Alpes se adelantó amenazador contra Arigiso (786). Este le envió personas que prometieron que pasaria por todo cuanto quisiera, si bien no prestando Cárlos crédito á semejantes protestas, continuó su marcha y el

duque se refugió en Salerno, donde obtuvo la paz posteriormente, recibiendo á título de feudo su ducado disminuido en seis ciudades, que fueron atribuidas á la Iglesia. Desde este momento se declaró vasallo del rey de los francos, comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 7.000 sueldos de oro, y entregó doce rehenes, entre los cuales se contaba su propio hijo Grimoaldo. Però no refrenaron á Arigiso promesas ni rehenes: envió á pedir á Constantino V, ó más bien á Irene, su madre, el ducado de Nápoles, la dignidad de patricio de la Sicilia y un ejército, prometiéndole reconocer la soberanía del emperador, hacerse afeitar la barba y adoptar el traje griego. Irritada Irene contra Cárlos admitió su proposicion, y Adelchis, rey destronado de los longobardos, se dirigió hácia la frontera de Benevento para alentar los ánimos y regir el levantamiento. Mas habiendo muerto Arigiso en aquel tiempo, Carlo-Magno confirió el ducado Grimoaldo, su hijo, bajo la única condicion de desmantelar á Salerno y á Acazenza, de inscribir el nombre del rey de los francos al frente de todos sus actos y en las monedas y hacer cortar la barba de sus longobardos. Adelchis no renunció por esto á su empresa; de acuerdo con el patricio Teodoro atacó á Grimoaldo, que fiel á Cárlos, le dió batalla; en ella cayó Adelchis mortalmente herido, y con él murió la última esperanza de los longobardos.

Para consolidar el nuevo orden de cosas, llevó Cárlos á Italia á Pepino, su hijo, de edad de seis años, y habiéndole dado la investidura de este reino, hizo que le consagrara el papa Adriano, señalándole Pavía por residencia. De consiguiente, el reino de Italia ocupaba la parte superior de la península, dominada antes por los longobardos, y que sólo entonces tomó el nombre de Lombardia. El país de los sabinos, que habia pertencido al ducado de Espoleto, fué asignado á los papas además de la donacion de Pepino. Estas comarcas conservaron sus instituciones propias como en tiempo de los emperadores griegos, es decir, el gobierno municipal bajo la autoridad del principe ó del duque.

Muchas familias consulares y senatoriales ó patricias, subsistian aún en Roma, donde ejercian grande ascendiente sobre el gobierno, aunque los papas nombraban á los duques y á

los demas magistrados. Las cartas del papa Adriano demuestran que dirigia y velaba por el gobierno temporal hasta en los países no sujetos á la Santa Sede, por consecuencia de aquella confusion de poderes de que hemos hablado más arriba.

Los obispos de Rávena, que habian intentado cuando se hallaba la Sede del gobierno imperial en esta ciudad, emanciparse del papa en materias eclesiásticas, aspirando ahora á semejanza suya á una dominacion temporal, solicitaron de Cárlos que confirmara á esta Sede en la posesion de la Marca y de Ancona. Aunque no consintió en ello, su negativa no fué de tal índole que les hiciera renunciar á toda pretension. Mientras vivió Cárlos, el arzobispo de Rávena tuvo bajo su jurisdiccion, además de la ciudad misma, á Faienza, Forli, Forlimpópoli, Cesene, Comacchio, Imola, Bolonia y otras ciudades, alimentando la idea de extender su autoridad sobre toda la Pentápolis. Para apoyar su pretensiones empobrecia á la Iglesia, aduando á los reyes francos hasta el punto de permitirles trasladar á Aquisgran y á otras partes los ornamentos más notables de los templos de Rávena.

En medio de estas conmociones se mantenía, salvo en su pequeñez, un estado que con siete mil habitantes y 60.000 francos de renta subsiste hace trece siglos. Un tallador de piedra, dálmata, llegado en el cuarto siglo al monte Titan cerca de Urbino, se estableció allí para hacer piadosa y solitaria vida. Algunos de sus compañeros echaron allí los cimientos de una república industrial, pacífica y moral. Así como en los tiempos antiguos Pindinisa, pequeña aldea de los eleutero-cilicianos, situada sobre una inaccesible altura, habia sido respetada por todos los conquistadores, incluso Alejandro, Napoleón dejó en paz á estos modestos republicanos.

Sin embargo, todavía conservaban los emperadores de Constantinopla al Sur de Italia á Gaeta, Otranto, Amalfi, Nápoles, Sorrento, además la Sicilia, la Córcega y la Cerdeña. La primera de estas islas habia sido dominada por los godos, y Teodorico adoptó en interés suyo diferentes medidas, nombrando allí un conde á fin de que sus habitantes no se viesen obligados á acudir con sus querellas al continente.

Desprovistos los longobardos de marina, no habian pensado en avasallarla, y tuvo que padecer mucho por parte de los griegos, que añadían á los males que resultaban de los desórdenes de su administracion las persecuciones religiosas.

En el tiempo que la Cerdeña habia permanecido bajo la dependencia de Roma, se habia enriquecido de ciudades, monumentos, magníficos acueductos, teatros y circos. Era tal su feracidad, que en union de la Sicilia, era considerada como el granero de Roma. Después de la grande invasion, fué, igualmente que la Córcega, invadida sucesivamente por los vándalos, los godos, los griegos, que desterraron varios obispos á Africa. Várias veces después los sarracenos inquietaron sus costas, mientras que sus montañeses conservaban entre las rocas sus antiguos usos, á los cuales no han renunciado aún en el día.

Encontrábase en Nápoles el gobierno en manos de un maestro de la caballería; en Sicilia, en las de un patricio, ambos nombrados, hasta el décimo siglo, por los emperadores griegos. Pero encontrándose en continuas luchas los habitantes de aquellas comarcas con los longobardos de los dos ducados meridionales, no supieron los griegos defenderlos de otra manera que dando cada vez mayor extension á sus franquicias, lo que acabó por producir su entera emancipacion.

En otras ciudades marítimas germinaba también, bajo el nombre del imperio griego, la libertad que conviene á pueblos acostumbrados al mar, y desde luego poco dispuestos á sufrir el despotismo en tierra. Quejábese ya Gregorio el Grande de las piraterías que se ejercian contra los súbditos del imperio por los pisanos, cuyo poder se aumentó después en el siglo noveno. La soberbia Génova, situada á la falda de estériles montañas, bañada por un mar poco abundante en pescado y precisada á pedir á la navegacion medios de existencia, al principio del siglo noveno, proveía ya á su seguridad; era regida por un gobierno sencillo, propio para defender las franquicias del pueblo, á hacerle afecto á la patria, y á que tomara gusto de los asuntos públicos.

Alcanzó Venecia en ménos tiempo la grandeza; fué la primera que dió el ejemplo de un

gobierno regularizado á las naciones modernas, y vivió mucho tiempo con muy pocas turbulencias interiores, y hasta sin una guerra civil. Acabó solitaria y débil, dejando no obstante un recuerdo afectuoso entre aquellos mismos que le estuvieron sojuzgados, al paso que los que la explotaron procuran no concederles ni siquiera compasion, este último derecho de la desgracia, tratando de difamarla, como el libertino que entrega á la befa y el desprecio á la mujer cuya deshonra ha causado.

Antes de la invasion de los bárbaros, contaba el país de los Venetos cincuenta ciudades y se extendía desde la Pannonia hasta el Adda, del Pó á los Alpes Rhetios y Julios. Expuestas las primeras estas ciudades á las incursiones de los septentrionales, perdieron su propiedad: después redujo Atila á cenizas á Aquilea, Concordia, Oderzo, Altino, Padua. Los pueblos de la Euganea y de la Venecia, que huían ante el Azote de Dios, se refugiaron á la isla de Rivo-Alto (*Rialto*) y á los islotes circunvecinos. Pasado el huracan, muchos de ellos prefirieron este asilo á su desolada patria. Eran los refugiados, como por lo comun acontece en las emigraciones; aquellos que gozaban de más comodidades, trataron de procurarse el bienestar; al mismo tiempo que se entregaron á las únicas industrias posibles en aquellas riberas, al comercio, á la pesca, á la extraccion de la sal, al transporte de todo lo que bajaba por los rios de Italia, ó debía remontarlos con objeto de suplir á los trigos que ya no les proporcionaban los abandonados campos.

Ya eran dueños de las islas, cuando á la caída del imperio romano, después á la llegada de los godos, y aún tal vez más á la llegada de los longobardos, acudieron á unirse á ellos nuevos desterrados para sustraerse á la servidumbre. Era natural que los primeros no concediesen á sus nuevos huéspedes todos los derechos civiles y políticos; y de esta manera fué como se encontró formada una nobleza, no por el derecho de la sangre ó de conquista, sino en virtud de un derecho de propiedad de los más legítimos. Y como todas las naciones son paritidarias de su origen, así como Roma fué guerrera, Esparta austera, Atenas llena de urbanidad, Florencia turbulenta, los italianos conservaron en Venecia el recuerdo de su primitiva

civilizacion; se dedicaron poco á las armas y mucho al comercio, y se rigieron municipalmente como hacian en tierra firme.

El primer año de la dominacion longobarda, el patriarca de Aquilea se trasladó á Grado, y en el espacio de un siglo fué imitado por la mayor parte de sus sufragáneos; fueron á establecerse uno á Caprola, otro á Heraclea, junto á la costa, en la embocadura del Piava, otro en la isla de Torcelo, otro en la ribera de Medoa-co, y otro, en fin, en Equilo. Y cuanto más insostenible se hacia el yugo longobardo sobre los italianos y especialmente sobre el clero, más se aumentaba la poblacion de las tranquilas lagunas.

Cuando el imperio no se encontró ya más que en Constantinopla, la distancia disminuyó las relaciones que los venecianos habian conservado con él, y sería difícil determinar hasta qué punto podia llegar su dependencia, con respecto á los sucesores de Zenon; limitábase probablemente al homenaje, que era un título defensivo y les aseguraba el privilegiado comercio de Oriente. Tenian asambleas populares para discutir en ellas los intereses comunes, y para el nombramiento de los magistrados anuales y de un tributo para cada una de las isl-s. De esta manera se constituía entre ellos la libertad, sin la mezcla de diferentes sangres, reputada necesaria por algunos para rejuvenecer la raza italiana.

Ya en tiempo de Teodorico, hablaba Casiodoro de los venecianos como de marinos activos que surcaban los mares y los rios. «Semejantes á pájaros acuáticos, dice, os habeis diseminado por toda la faz del mar. Por vosotros, tierras separadas se encuentran reunidas; diques se oponen á la impetuosidad de las olas, la pesca basta á vuestro alimento, y el pobre no es diferente del rico; las habitaciones son uniformes; no existen distancias entre las condiciones, ni celos entre los ciudadanos. Las salinas os sirven de campos.»

Los esclavones, que habian ocupado la Dalmacia entregados al pillaje, y no encontrando botín en un país tantas veces saqueado, se dedicaron á la piratería. Tuvieron entonces los venecianos que oponerse á sus ataques reuniendo el valor á la industria. Cuando ayudaron al exarca contra Luitprando á recobrar á Rávena,

Orso, á quien se debió esta victoria, se envaneció y estableció la tiranía, lo cual produjo una reforma en el gobierno. Entregada en un principio la administración á un solo tribuno, se confió despues á diez, á doce, á siete; en fin, los nobles, el pueblo y el clero reunidos, eligieron á un solo jefe, cuya autoridad, extendiéndose sobre todos, pudo refrenar la ambición y las violencias. Habiendo sido revestido con el poder Paolucio Anafesto de Heraclea, no como consecuencia de una usurpación tiránica, sino por amor á una libertad ménos suntuosa, dió principio á la serie de duxes (657), magistratura suprema, templada de manera que ninguno de ellos pudo llegar á ejercer un poder despótico.

Eran entonces nombrados vitalicios por el pueblo, que conservaba los comicios y el derecho de eleccion.

Cuando Carlo-Magno fundó el reino de Italia, firmó en Constantinopla una paz (804), por la cual determinó los límites de este territorio; reservábase la Istria, la Liburnia, la Dalmacia, y se hacia prestar el juramento de fidelidad de los duxes de Venecia y de Zara. Violando este tratado el emperador Nicéforo, envió tropas á recuperar la Dalmacia; tan pronto como se concluyó la tregua fué rota por Pablo, duque de Zara y de Cefalonia, que ocupó los puertos de la Dalmacia (807); despues ancló en medio de las olas en que Venecia empezaba á engrandecerse é hizo una tentativa sobre Comacchio. Rechazado por los francos, procuró entablar negociaciones con Pepino, pero fueron contrariadas por Obelerio, dux de Venecia, por temor de que la cesion de la república fuera el precio del tratado.

Viéndose Pablo rodeado de asechanzas, trasladó su escuadra á Cefalonia, y los venecianos quedaron expuestos á la venganza de Pepino. Estaba irritado contra ellos, porque le habian respondido cuando les habia reclamado el juramento de obediencia: *No queremos ser súbditos sino del emperador romano*; porque se habian negado á ayudarle en su expedición á Dalmacia, y porque, forzado por sus persecuciones, el patriarca de Grado habia tenido que trasladar su silla á Pala.

Habiendo vuelto Pepino sus armas contra ellos, tomó las islas de Grado, Heraclea, Chiog-

gia, Palestrina, Equilo y Malamoco. Entonces prometió el dux, para salvar á Olivolo, Torcelo, Caprola y lo demas, pagarle un tributo anual.

Imputando los venecianos esta sumision á traicion ó cobardía por parte de Obelerio, le desterraron á Oriente con toda su familia.

Facilitaron á Pepino las discordias interiores la conquista de Chioggia y Palestrina, desde donde echó un puente de barcas hasta Malamoco, lugar del gobierno. A propuesta de Angelo Partecipario, toda la población se trasladó á Rialto, y el almirante Sictor de Heraclea, dejó á los buques enemigos internarse en los bajos de las lagunas; despues cuando la baja marea les impidió moverse, los venecianos les asaltaron con dardos y fuego (809), introduciendo tan gran desorden, que con gran dificultad pudieron, cuando subió el mar, refugiarse en el puerto de Rávena.

Esta victoria indemnizó á Venecia de las pérdidas experimentadas. Colocado Angelo Partecipario á la cabeza del pueblo que habia salvado, trasladó el gobierno á Rialto, é hizo construir una muralla para defender la entrada de la laguna. Al abrigo de esta muralla, repuestas de su ruina Chioggia, Malamoco, Palestrina y Heraclea, formaron una corona alrededor del palacio del dux, con unos sesenta islotes reunidos por puentes; era como un simbolo de la unidad moral de que el país aguardaba su fuerza. Este grupo de islas recibió el nombre de la antigua patria y fué llamado Venecia; poco despues consiguieron los venecianos robar de Alejandria el cuerpo de San Marcos, que despues fué considerado como patrono de la ciudad. Un concejo y un santo, tales son los elementos con que los italianos siempre compusieron su libertad.

No obtuvo más éxito la escuadra de Pepino contra la Dalmacia, lo que hizo que esta provincia permaneciese por los griegos. Sucediéronse las hostilidades y las negociaciones, hasta el momento en que el patricio Arsafo recibió en Aquisgran de manos de Carlo-Magno el tratado de paz que cedia á los griegos la ciudad de Venecia, como tambien las de Trau, Zara y Espalatro.

Esto era para el imperio griego una adquisición puramente en el nombre, al paso

que estas ciudades se encontraban de esta manera libres de las renacientes inquietudes que les causaban las pretensiones de los francos.

CAPITULO VII

La Iglesia en tiempo de Carlo-Magno.

Por una desconfianza mezquina se ven impelidos hombres de estado inhábiles á oponerse á los sentimientos de su época, con la esperanza de retardar los progresos de ella, en los que ven un peligro para todo poder que no se sostiene más que por la costumbre; al revés, el grande hombre conoce su tiempo; y sin espantarse de los pasos que da hácia adelante, emplea los elementos que le ofrece para consolidar el edificio, cuyos cimientos se hallan en lo pasado y que respetará el porvenir. Carlo-Magno vió que el clero, á consecuencia de todo el bien que habia hecho en medio del trastorno producido por los bárbaros, habia adquirido un poder inmenso sobre la opinion; y lejos de inspirarle recelos, reconoció que este influjo podria servir utilísimamente á sus proyectos de civilización y de unidad. Al mismo tiempo que contenia con las armas la irrupcion de la barbarie, los misioneros acometian la empresa de suavizar, á beneficio de la palabra, la feroz rudeza de los pueblos limítrofes, y la veneracion hácia el jefe de la iglesia impedia á la sociedad á desmoronarse.

Una vez sometidos los sajones por medio de la predicacion, cubrió las fronteras de la Francia con una barrera, no tanto de fortificaciones como de obispados, que de enemigos amenazadores hicieron vecinos creyentes é industriosos, apegados al campo, á la iglesia, á la aldea natal. En lo interior nadie se mostró más generoso en dotar al clero con bienes temporales y en hacer fundaciones piadosas. Atribuyó á cada iglesia una mansa exenta de impuestos y de servicios personales; confirmó por un sólo acto á la de San Martin de Tours cuarenta y ocho alquerías, cuyos beneficios habian dejado de pagar el censo; hizo que restaurara Luis en Aquitania doce monasterios y edificó otros doce. Santo le han proclamado las crónicas por haber instituido tantos conventos como dias tiene el año.

No es verdad que el diezmo, institucion ya

conocida en la religion hebraica, empezara á ser obligatorio sólo por mandato de Carlo-Magno; es cierto que aseguró su percepcion y se lo impuso á los recién convertidos, bajo amenaza de excomunion, enriqueciendo de esta suerte al clero más que hubiera podido hacerlo una donacion pingüe. En conformidad de un decreto del papa Gelasio mandó que el producto del diezmo fuera repartido por igual entre el obispo, los sacerdotes, las fábricas de cada diócesis y los pobres, es decir, los hospitales. Estos establecimientos eran administrados y servidos por la caridad desinteresada del clero; así el acrecentamiento de las riquezas eclesiásticas redundaba en provecho de los indigentes.

Pero no se hace prosperar tanto á la Iglesia con las liberalidades de que es objeto como extirpando las malas yerbas que estorban el desarrollo del buen grano. En su consecuencia aplicó remedio á los abusos en virtud de los cuales ciertos eclesiásticos se permitian despojar las iglesias de sus bienes para dárselos á su familia, ó invirtiéndolos en objetos diferentes de su destino primitivo. Adoptó medidas para que las personas devotas no hicieran donaciones con perjuicio de sus herederos. Quiso que los patrimonios eclesiásticos jamás fueran asignados á los legos sino á título precario, y á condicion de que el que gozara su usufructo pagara doble diezmo y conservara los monumentos del culto.

Fueron reconocidos los condes como protectores oficiales de la Iglesia, y vemos á gran número de monasterios obtener por ellos la confirmacion ó la restitution de sus derechos. Tambien con mucha frecuencia era eclesiástico uno de los delegados reales, como lo declaraban las atribuciones políticas conferidas á los obispos por Carlo-Magno.

Siendo la jurisdiccion inherente á la propiedad territorial, el clero la ejerció sobre sus posesiones, del mismo modo que los vasallos legos sobre sus feudos; por eso era costumbre añadir á las donaciones hechas á la Iglesia la inmunidad, en virtud de la cual ningun juez real podia ejercer acto de autoridad sobre los dominios eclesiásticos.

Sin embargo, Carlo-Magno añadió mucho á la jurisdiccion canónica, y la extendió hasta á los hechos que llevaban consigo la pena capi-